

# EL FUTURO DEL PADRE

*¿Reinventar su lugar?*

JEAN PIERRE WINTER

con la colaboración de  
DANIÈLE LÉVY

*SEGUIDO DE*

ENTRE ÉTICA Y PRÁCTICA

Gemma Durand

---

## Prefacio

Eso de la horda, ya no se lo cree nadie. Hemos de admitirlo. Fue una alegoría genial. Un macho alfa que impone su fuerza en la manada para usufruir del acceso a la hembras y del control del poder. Una manada que se revela y lo derroca. Y trasponerlo ahora al ámbito humano, donde el padre controla y los hijos ahora se revelan y le derrocan. Para que yo viva el padre tiene que morir. Genial. Sí. Pero esa alegoría ya no da más de sí. No sugiere hoy nada.

¿Nada? ¿Acaso no ha resucitado el fantasma del patriarcado?

No sé cuanto de impositivos y represores serían los padres en la época de Freud. Lo que sí se es que entonces prendió la mecha. La sociedad occidental hizo de él un fantasma: el fantasma del padre castrador. Y lo mató. Ciertamente, no derramó su sangre, pero sí lo mató simbólicamente. Ebria de deseos pensaba que existía la ubre que los saciaría. Y ahí se ha regocijado. Esa sociedad sin padre sí que se ha constituido en manada, en horda salvaje, asesina de cuantos amenazaran el acceso a la ubre.

Pero, ¿no es todo esto excesivamente caricaturesco, propio de adolescentes? Quizá sea esto. Nuestra sociedad occidental atravesaba una crisis de crecimiento: de la etapa de niñez a la adolescencia, como si de la aceptación ingenua de la autoridad recibida se pasase ahora a su rechazo visceral. Desde entonces ya no hay autoridad que confronte los deseos. El padre se ha evaporado. Se ha desvanecido. Y en su lugar ha venido el amiguito, camarada de niñerías. Hoy la sociedad no reconoce al padre. Al máximo le asigna nuevas misiones: aportar esperma, colaborar con la madre en la atención de necesidades, entretener, informar de las consecuencias. Vaya payaso.

Una determinada interpretación de Freud llevó a la sociedad a matar al padre. Otra determinada interpretación de Freud permitirá reencontrar al padre, y reencontrarlo simbólicamente, esto es, unido a su plenitud escondida.

Edipo, ese sí, sigue interrogándonos. Con ese mito, el fundador del psicoanálisis ha puesto el dedo en la llaga de nuestros deseos. Matar al padre y tener libre acceso a la madre. Sí, cierto, matarlo simbólicamente: matar la *figura* de padre que se había imaginado y matarlo rechazando su voluntad sobre sí. Esto es, despojarlo de autoridad, de peso, de verdad, para dar autoridad, peso y verdad a nuestros deseos. Que la madre ahora los realice, los satisfaga, visto que es ella la que atiende necesidades. Ni siquiera el remordimiento y sentimiento de culpabilidad por tal destronamiento velarán la tragedia de aquel asesinato: que el hijo acceda a la madre significa, sobre todo, que acceda al origen, que controle el inicio. Con ese control olvidaríamos que los deseos esconden el deseo. Deseos y deseo, ¿acaso son lo mismo? Deseos variados y caprichosos. Deseo grande e inagotable. Y ese no es deseo de satisfacciones, sino de colmar la vida.

Winter, psicoanalista judío lacaniano de reconocido y controvertido prestigio, con una vida clínica a sus espaldas, intenta el camino de reconstrucción simbólica del padre. Este libro es el quejido de alguien que entrevé la tragedia futura de su nación, y que no se acompleja ante el leviatán pseudocultural. Es políticamente incorrecto. Y por ello, social y culturalmente punzante. Da que pensar. Pone preguntas. Inquieta. Incide en nuestros prejuicios de burgueses post la revolución del 68. Para ello se vale de casos. No podía ser por menos en un psicoanalista. Del cine, la literatura y la historia. Obliga así al lector a recomponer la estructura de su visión simbólica. Le hace profundizar, por la ascensión como en escalera de caracol, en la que los casos, el cine, la historia se van releendo desde distintos niveles. Como en la pesca de arrastre. Ahora de arrastre de experiencias, de conceptos, hasta rediseñar el símbolo. No cesa hasta que suscita el asombro, hasta que inspira la mente, hasta que reenfoca el ojo. Porque el padre es mucho más de lo que aparece. Mucho más de su función.

Sí. La tragedia no es simplemente el padre ausente. Un padre puede no estar en casa por mil circunstancias. La tragedia es la ausencia del padre. Que la ausencia sea adjetivo o sustantivo cambia todo. Porque si es sustantivo, como *ausencia* del padre, se hace sustantiva: entonces no se reconocería el valor simbólico del padre. Podrá o no estar presente el padre, pero si está ausente como símbolo, ese padre se ha evaporado. El psicoanalista francés nos ayuda a entrar en esta lógica radical del padre, cuyo punto es su presencia *simbólica*. Solo así podrá ser el reclamo de la grandeza del origen. Y hay origen porque hubo promesa. Y porque hubo una promesa en el origen, hay esperanza, deseo grande. Uno solo: colmar la vida.

El hijo podrá abrirse a un futuro si entiende lo que motivó su origen, la promesa que se vislumbró, la esperanza que alentó. Y de ello es testigo el padre. Testigo simbólico. Porque ni el origen está ya más a la vista, ni el futuro lo tenemos aún. ¿Pero acaso hemos perdido el origen? ¿No permanece en el padre? ¿No es el padre quien abre un futuro? Si no está él, ¿quién nos ayudará a distinguir entre los deseos y el deseo? ¿Quién nos recordará que solo un deseo es necesario? No vivimos de deseos, sino del deseo.

¿De quién soy yo fruto? ¿De un deseo que me ha objetivado desde el inicio? ¿Existo para satisfacer el deseo de alguien? ¿Hijo del deseo? ¿O acaso soy hijo de una desesperación? ¿Quizá de una banalidad? Pero, ¿podría ser hijo de un amor? En tal caso, ¿qué amor estuvo en el origen de mi existencia? Uno de los grandes filósofos del siglo XX así lo expresaba: “Amar significa decir a otro: ¡qué bello es que tú existas!”. ¿Es que acaso, incluso antes del origen de mi existencia, otro, otros pronunciaron: “qué bello sería que *tú* existieras”, y gracias a ese asombro yo existo?

El padre, precisamente porque es padre en el amor a su esposa, es testimonio de la indisponibilidad del origen: quien tiene inicio, está llamado a ser inicio para sí mismo, padre de sí mismo por el ejercicio de su libertad. Lo será, si el padre engendra en él la grandeza del deseo, si reclama en el hijo al Padre, Fuente sin origen. Así el padre, origen de una Fuente, puede abrir un futuro, acompañar en él, corregir ruta, confirmar un camino, consolar herida. Porque entonces hubo una promesa y una esperanza. Y continúa viva aún en los azares de la vida.

El futuro del padre, como realidad simbólica, es el futuro de una sociedad. Una sociedad sin padre es una horda, una

manada. Atravesamos ahora nueva crisis de crecimiento: de la adolescencia a la juventud. Que ese paso pueda darse, en modo que la sociedad del futuro pueda ser una auténtica sociedad humana, pasa porque reconstruyamos culturalmente la imagen del padre, su valor simbólico, su sentido: solo entonces podremos reconocerlo. Para esta ardua tarea Winter nos da trazos de verdadero peso, de gran belleza, de honda incidencia en el momento cultural y social que vivimos.

JOSÉ NORIEGA